

nia fuera; mas si llovía se verificaba dentro de la misma iglesia. Los seculares acudían también á estas piadosas reuniones, de las que salían sumamente edificados. En la estación del invierno, se hacia la reunion en el Oratorio de San Gerónimo, siendo de creer que el santo variaba de esta suerte los lugares de sus ejercicios, para hacer estensiva la piedad en todos los barrios de Roma. Estas idas y vueltas de los padres de San Juan Bautista, continuaron por diez años, á pesar de su incomodidad; pero en 1574 consiguieron hacer habitualmente sus ejercicios en su iglesia, mucho mas grande y cómoda que el Oratorio de la Caridad.


Poco tiempo despues, Tuvenal Ancina, cuya memoria aun permanece en bendicion, escribia á su hermano: "Hace ya muchos dias que asisto todas las noches á los ejercicios que se hacen en el Oratorio de San Juan de los Florentinos, y en verdad que esto es la mas bella cosa del mundo. Despues de una plática sobre algun punto espiritual, sigue una edificante exhortacion acompañada de algunos pasages tomados de las vidas de los santos, una leccion de historia eclesiástica, y un concierto tan tierno como armonioso. La nobleza acude á estos espetáculos de nuevo género; viniendo tambien los cardenales y prelados, y todos estan encantados. Se nos han leído las vidas de San Francisco de Asis y de San Antonio de Padua; y á fé mia, que estas narraciones son de-

masiadamente interesantes. Los sacerdotes que presiden estas reuniones, son unos hombres tan recomendables por su ciencia, como por su virtud, y tienen por principal á un padre llamado Felipe Neri, cuya fama pública maravillas. Parece que es un santo dotado en sumo grado del divino don de convertir y satisfacer las almas. Son prodigiosas sus industrias, tiene tanta prudencia como habilidad en todas sus invenciones. Los padres Tolet y Possevin, lo veneran lo mismo que los demas. Es el oráculo de los Romanos, y debería yo decir mas bien que lo es de la Europa entera, porque de todas partes vienen á pedirle consejo."

---

## CAPITULO VIII.

Sufre Felipe crudas persecuciones, y establece su congregacion del Oratorio.



**D**ESDE el origen de estos piadosos ejercicios, previó el demonio con su natural sagacidad, los copiosos frutos que ellos habian de producir, y desde luego determinó de-

clarar la guerra al siervo de Dios, creyendo que acaso así podría desanimarlo de su empresa. ¿De dónde vino sino de este enemigo de todo bien, el odio que concibieron contra nuestro santo el médico y uno de los sujetos principales de la casa que habitaba? Comenzaron estos por burlarse en lo privado de las reuniones que tenia en su cuarto, y pasaron despues á mofarse de ellas publicamente. Al mismo tiempo dos religiosos desertores de su convento, que habian venido á vivir en la misma casa que Felipe disfrazados de sacerdotes, encontraron en ellos los enemigos del santo, dos poderosos ausiliares. Encargados ambos del oficio de sacristanes, supieron aprovecharse de su posicion para hacer al siervo de Dios cuantos insultos pudieron imaginar. Si veían que venia á decir misa, le cerraban la puerta de la sacristia: y si lograba entrar antes que ellos le viesen, no le daban los ornamentos que nescesitaba, ó si se los daban, le ponian los mas sucios y usados, mofándolo é insultándole groseramente. Otras veces, despues de dejarlo revestirse, le pedian el ornamento que se habia puesto y le obligaban á quitarselo. Otras le arrebatában de las manos el misal ó el cáliz y lo guardaban en la taquilla. Por tal de amenizar sus crueles diversiones, aguardaban á que hubiera salido al altar, y aun á que hubiera comenzado la misa, para ir entónces á decirle que no podia celebrar en aquel altar, obligándole á ir á otro, ó tal vez á volverse á la sa-

crstia. En fin no perdonaban vejacion alguna para conseguir que mudase de domicilio.

Sin embargo, considerando este santo hombre cuán dichoso era en padecer por Jesucristo, sufría estos oprobios sin quejarse, oraba fervorosamente por sus perseguidores, y no dejaba escapar ocasion alguna de gratificar sus beneficios y servicios, como él les llamaba. Indignados algunos de sus discípulos por esta pérfida conducta que se observaba con su buen padre, le aconsejaron abandonase aquella casa inhospitalaria, y él les respondió: “No permita Dios, que yo deje una cruz que se ha servido hacerme llevar.” Y en efecto, esto era ciertamente lo que el demonio hubiera querido, pues no deseaba otra cosa que hacer cesar aquellos piadosos ejercicios. Continuó pues la persecucion, y con tanta mayor furia, cuanto que el santo se mostraba mas afable y paciente. Un dia, por último, que sus bárbaros enemigos le persiguieron hasta el altar, no pudo evitar un sentimiento de dolor, que á pesar de todo no pasó á su voluntad, porque al momento fijó sus ojos en el crucifijo y dirigió al Señor esta patética oracion:

“¡Oh mi buen Jesus! ¿os habeis acaso alejado de mí? ¿Cómo es que me abandonais en la recia tribulacion que me agobia? Hace ya mucho tiempo que os pido paciencia y no puedo conseguirla. ¿De cuándo acá, oh Señor, os habeis hecho sordo á mis ruegos.” Entónces escuchó en lo interior de su corazon la voz de su Dios que le

decia. “Por que desees la paciencia, no quiero que cese esta prueba; ella te procurará lo que solicitas.” Consolado y fortificado Felipe con estas palabras, sufrió despues con tal constancia, que al fin logró desarmar á sus perseguidores, y hacerse, digámoslo así, insensible á toda clase de ultrages. Diré para edificacion de mis lectores, el modo como terminó esta tragedia.

Yendo un dia Felipe á casa, se encontró con los dos religiosos apóstatas, de que ya he hablado, y de los cuales, uno, como si estuviera poseido del demonio, le dijo en su presencia las mas insultantes palabras. Recibió todo esto el santo con tan admirable paciencia, que el otro religioso llegó á indignarse de la demasiada insolencia de su compañero, hasta el grado de alzar la mano contra el que prodigaba aquellos denuestos á Felipe. Pero entónces éste le detuvo el brazo, y por medio de la dulzura y suavidad de sus palabras logró apaciguar su cólera. Sorprendido y admirado de tan rara caridad, comenzó á amar al siervo de Dios. A poco tiempo vino á pedirle perdon, le tomó por su confesor; y por sus consejos, volvió á su monasterio, á donde se condujo en lo sucesivo como un fervoroso religioso. El médico, que era la causa de todo este mal, no tardó tambien en seguir este ejemplo. Entró un dia al cuarto de Felipe, en medio de una numerosa concurrencia, echóse á sus piés, y entre sollozos y gemidos le pidió perdon de las ofensas que le habia

hecho. Desde entónces fué uno de sus mas afectos discípulos, muriendo poco tiempo despues en los sentimientos de la mas pura piedad.

Apenas se habia apaciguado esta tempestad, cuando puso Dios á su siervo en una prueba mucho mas sensible, con ocasion de las visitas de las santas iglesias de que hemos hablado ya. Es verdad que muchos se edificaban al ver al pueblo marchar en pos de Felipe á visitar aquellos templos; pero tambien lo es que otros murmuraban altamente de esta institucion, y juzgaban que debia suprimirse. Pero ¿por qué motivo? se nos preguntará. Porque engañados por una malicia, que por desgracia es propia de hombre, suponian en Felipe intenciones que estaban en verdad muy ejos de él, pues atribuian lo que puramente hacia á honra y gloria de Dios á un sentimiento de orgullo y arrogancia; y por lo tanto se les oía decir: “¿No es una cosa indigna de verse, un hombre que profesa humildad, recorriendo las calles como un triunfador, dándose en espectáculo á la ciudad entera?” Otros encontraban motivo para murmurar, en los gastos que otorgaba el almuerzo campestre que daba al pueblo en tales ocasiones, y decian por burla, que el santo lo convidaba á comer bién. Otros mas políticos, parecian temer que estas reuniones llegasen á causar sediciones, y pretendian que la tranquilidad pública exigia su sacrificio. No ignoraba Felipe todos estos discursos; pero no hacia aprecio de ellos, porque

sabia bien que no los dictaba otro que el espíritu de tinieblas.

Se propagaron, sin embargo, estos rumores y llegaron hasta el vicario del soberano Pontífice, quien mal instruido de la cosa mandó llamar á Felipe y sin querer oírle, le dijo con un aire muy enfadado: “¿Cómo no os avergonzáis, cuando debíais estar muerto al mundo, de mendigar sus favores y sus aplausos? porque no puede ser otro el motivo de que os manifesteis en público con tanta pompa, y también quizá pretendéis con estas demostraciones de piedad, obtener algunas dignidades eclesiásticas. Imperdonable cosa es en un hombre como vos esta vanagloria y esta ambición. Os prohibo confesar por quince días, y os mando que renunciéis á vuestras visitas bajo pena de prisión y destierro. Si quereis visitar las iglesias, visitadlas vos solo, pues esto es mas conveniente á la piedad y á la modestia de un sacerdote.” Felipe respondió con un aire sereno y con una inalterable calma, que atestiguaba muy bien la paz de su espíritu: “Yo habia establecido estas procesiones por solo la gloria de Dios, y así las sacrifico muy gustoso á su santa voluntad. No permita el Señor que desobedezca yo en manera alguna á mis superiores. Siempre he respetado su autoridad, y estoy dispuesto á obrar así hasta el último momento de mi vida.—No, replicó el vicario; no es así, vos sois un hombre vano y ambicioso, para quien la gloria de Dios no es mas que un pretesto:

son vuestros intereses mas bien que los suyos los que buscáis. Felipe, sin inmutarse, puso sus ojos en un crucifijo que pendia de la pared, y le dijo: “Yo os pongo, Señor, por testigo de la verdad de mis palabras. Vos sabeis que todo lo que hago, lo hago por vos.” ¡Ah! sí, era así ciertamente, y por él también sincerabá su conducta, porque su divina gloria iba á menoscabarse por este mandato: si se hubiera entonces comprometido solo su honor, no hubiera articulado una sola palabra en su defensa.

Luego que llegó á noticia de sus discípulos lo que pasaba, pues tuvo que prohibirles que le acompañasen á sus visitas, se afectaron muy dolorosamente: pero el santo les dijo: “Tened paciencia, y por ahora encomendad á Dios este negocio: la verdad triunfará y entonces se nos hará justicia.” Viendo despues que les costaba gran trabajo el someterse á esta disposicion, les habló con energía sobre la obediencia debida á los superiores, y se despidió de ellos. Continuó solo desde entonces sus estaciones, seguido á su pesar desde lejos por sus discípulos que no podian menos de derramar lágrimas de dolor, y por otras muchas personas que criticaban altamente una medida tan injusta. Por lo demas, se limitó á poner en manos de Dios este negocio con la confianza que acostumbraba; dijo muchas misas con esta intencion, y también hizo que las dijesen sus sacerdotes, y vamos á ver cual fué el resultado.

A pocos dias se vió entrar al Oratorio una persona desconocida, de un aspecto venerable, cubierta de un pobre traje sacerdotal y ceñida con una cüerda. Adelantóse hasta los discípulos del santo, que estaban todos presentes, y les dijo: “Me envian unos religiosos, á quienes se les ha revelado la presente persecucion de vuestro padre, para que os diga que una plegaria de cuarenta horas lo remediará todo;” despues inclinándose sobre la espalda de Taurugio, le dijo al oído: “Tened confianza y vereis como Dios os socorre. No está léjós el día en que el Señor calmará la tempestad, hará sosegar las olas, y os conducirá al puerto que deseais. Los mas de vuestros contrarios os serán propicios; los que se os opongan, llevarán el merecido de su terquedad, y su ejemplo servirá de leccion á los que quisieren imitarlos en el porvenir. Respecto al prelado que ha tratado tan mal á vuestro padre, morirá dentro de quince dias.” No podia ser este desconocido mas que un ángel ó un profeta; porque todas sus predicciones se cumplieron á la letra, y las maquinaciones del demonio contra el bien, solo sirvieron, á su pesar, para darle mayores aumentos, como lo diremos adelante. Todo fué evidentemente obra de Dios; tomando su magestad de su cuenta la causa de su siervo, porque él le entregó enteramente el cuidado de su honor, resignándose en todo con su santa voluntad.

En efecto, nunca consintió que se empleasen

medios humanos para defenderlos. “Mi conciencia está en paz, decia; encuentro en la oracion mi consuelo y fortaleza, y esto me basta.” También decia á sus amigos para calmar su irritacion: “No sois vosotros sino yo, quien tiene la culpa de esta borrasca. Nuestro Señor ha sido servido de darme una leccion de paciencia y humildad. Luego que ella sea suficiente, hará renacer la calma, y el bien, que hoy lamentamos, volverá á tomar su curso.” No podia tolerar se hablase mal del prelado, cuyo proceder habia sido tan injusto. Cuando murió uno de sus discípulos se atrevió á decir, que este golpe imprevisto habia sido un castigo del Cielo, y el santo le interrumpió diciéndole: “Hablais mal.” Por lo demas, se hizo cumplida justicia á la pureza de sus intenciones y fué restablecido su honor del modo mas solemne. Despues de un interrogatorio, que le obligó á refutar la calumnia, el Papa Paulo IV le envió dos cirios dorados como una muestra de su benevolencia, le dió pleno poder para que continuase la obra que habia comenzado, y se encomendó á sus oraciones. Llenáronse de alegria los hijos de Felipe, y el Oratorio resonó con sus himnos de accion de gracias, siguiendo las procesiones mas numerosas que antes.

Sin embargo, aun quiso la Providencia sujetar á su siervo á una prueba mas fuerte. En el año de 1570, unos hombres mal intencionados bajo un aparente celo, denunciaron nuevamente la congre-